



CAPÍTULO XX

Donde se refiere la trágica y memorable batalla del Jueves santo

No puedo decir que la clase militar (por supuesto, la que no defendía los fueros ni los bienes eclesiásticos) haya sido adorada por el pueblo. Nos tenían por ladrones, asesinos y cosas peores, ó cuando menos por enamoradizos con vías de hecho, jugadores hasta de la camisa, pendencieros por quítame allá esas pajas, y borrachines, bromistas y traviesos, hasta el punto de no poderse hacer caudal de nuestras personas.

Sin embargo, yo gustaba de ponerme el uniforme y lucirlo, viniera ó no á cuento, y por eso aquel jueves santo, nueve de Abril, con todos mis galones, entorchados y divisas, me encaminé á la metropolitana.

Que por cierto se hallaba convertida en un ascua de

oro; más de cien mil luces ardían cerca del tabernáculo; tapices de terciopelo granate cubrían una extensión de más de trescientas varas cuadradas; todos los adornos eran de plata maciza, notándose entre ellos seis jarrones de tres varas de altura, con sus pedestales, los blandones exquisitamente trabajados y multitud de primores más.

Los altares estaban cubiertos y sólo el monumento reconcentraba toda la atención. Cuando llegué á la Catedral con el propósito de asistir á los oficios, presenciar la consagración de los santos óleos y ver el momento en que se colocara en el pecho de Baz, Gobernador del Distrito, la llave del sagrario que él debía conservar hasta el sábado de gloria, como muestra del patronato que el Gobierno tenía sobre la Iglesia, la gente estaba alborotada y llena de espanto.

— ¡Ya vienen!

— ¡Jesús! ¡y el pobre pueblo la va á pagar!

— ¡Pero moriremos en la casa de Dios; no se atreverán á echarnos de aquí!

— ¡Ahora sí; aquí pereció Sansón con todos sus filisteos!

— ¡Glorifica mi alma al Señor!

— ¡Y mi espíritu se llena de gozo al contemplar...!

— ¡Ya están allí!

— ¿Quién está?

— Baz y los suyos; les vi salir de la Diputación bajo mazas, y se hallan á la puerta.

— ¿Quién es el que sale allí?

— El canónigo Gárate.

— Dijo á Baz que no podía ser recibido, porque así lo disponía el señor Arzobispo.

— ¡Qué atrocidad! ¡Ese hombre es capaz de hacer una de las tuyas!

— ¡Como que tiene tropa escalonada desde aquí hasta las consistoriales!

— ¡Y trae artillería!

— ¡Mala la hubisteis, franceses!

— ¿Y quién nos manda meternos á averiguar lo que pasa por aquí? Nos hubiéramos quedado en nuestra parroquia, habríamos visto todo tranquilamente. Yo soy de San Miguel.

— Y yo de la Soledad de Santa Cruz.

— Y yo de San Lázaro.

— Todo México está ardiendo.

— ¡Ay, mi pobre familia!

De repente alguien lanzó la voz: «¡Se llevan presos á los señores sacerdotes!»

Después se ha contado que el canónigo Verdugo dijo á los policías: «Vamos, señores». Y dirigiéndose al pueblo: «Hijitos, déjenme ir solo; ya vuelvo; háganme favor de no acompañarme.» Que Rada, más elocuente, exclamó: «Nada temo, porque nada me pesa en la conciencia. Y ustedes, amiguitos — por los espectadores — quédense en el tem-

plo, que es el lugar de los fieles, y si quieren seguirme, les retiro mi amistad y mi bendición.» Parece que también los presbíteros Sixto Aranda y Dionisio García Basurto, y los particulares Boix, Bonora y otros dirigieron sus discursitos al pueblo; pero yo nada oí, ó porque nada se dijo, ó porque quedaba muy distante del foco de los acontecimientos.

Describir el rato de locura que siguió, sería imposible. Muchos eran los que se echaban al suelo y se mesaban los cabellos, figurándose que no tardarían en caer rayos sobre los que violaban el asilo sagrado; muchos permanecían callados, aunque con densa palidez en el rostro; pero más eran los que vociferaban palabras de muerte y de venganza.

— ¡Hay que acabar con los impíos!

— ¡Malditos *fracmasones*! ¡que el fuego de los cielos caiga sobre ellos!

— ¡Muera Comonfort y muera la Constitución!

— ¡Que muera el sacrílego Baz!

— ¡Que mueran los puros!

Y no sólo se decía, sino que salían á relucir los puñales, navajas y estiletos. Nunca se apartará de mi memoria, así viva cien años, un tuerto de anteojos oscuros, que esgrimía un bastón con esfera de hierro en la punta. Le llamaban *El Licenciado de las gafas*, y me parece que se apellidaba Valenzuela; era antiguo empleado de

Fomento y había quedado cesante por haberse rehusado á jurar la Constitución.

Con una voz ronca y destemplada, que alcanzaba á dominar el tumulto, gritaba sin tregua:

— ¡Vamos á palacio á acabar con el jefe de todos los ladrones!... ¡Muerto el perro se acaba la rabia!

Cuando volvía el rostro, se le veían á través de las rejillas de los anteojos, los ojos con carnosidades que parecían venas de chile; un pañuelo rojo que traía atado al pescuezo, era como el penacho de aquel Cyrano que apestaba á vinazo y á injuria.

Una vieja alta, gruesa, con las canas sobre la cara, la camisa desgarrada y mostrando dos tetas que parecían vejigas á medio llenar, movía una pistola gritando con voz que taladraba los oídos:

— ¡Viva la religión! ¡viva Dios!

Pancha, la de Gordo, porque era ella, parecía loca de atar. Pasó un sacerdote, capellán de coro quizá, se echó á sus pies, y golpeándose el pecho empezó á decir: «Yo pecador me confieso á Dios... á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo... pequé con el pensamiento, palabra y obra...»

Una anciana, de esas de espina doblada y bordón de otate, que no faltan en ninguna apretura ni en cualquier tumulto, gritaba con su hilo de voz:

— ¡Me *apachurran*, señores!

Y un lépero, con su vozarrón, decía:

— ¡Aquí *apachurran* á una señora!, mientras un recién nacido gritaba *coñá, coñá*, y cien niños llamaban con voces desconsoladas á sus madres.

Sin que nadie viera cuándo subía al púlpito, apareció en él un tipo trigueño, con rostro grasiento á causa de la constante exudación adiposa, la nariz chata, la boca grande, las mechas lacias y caídas sobre la frente.

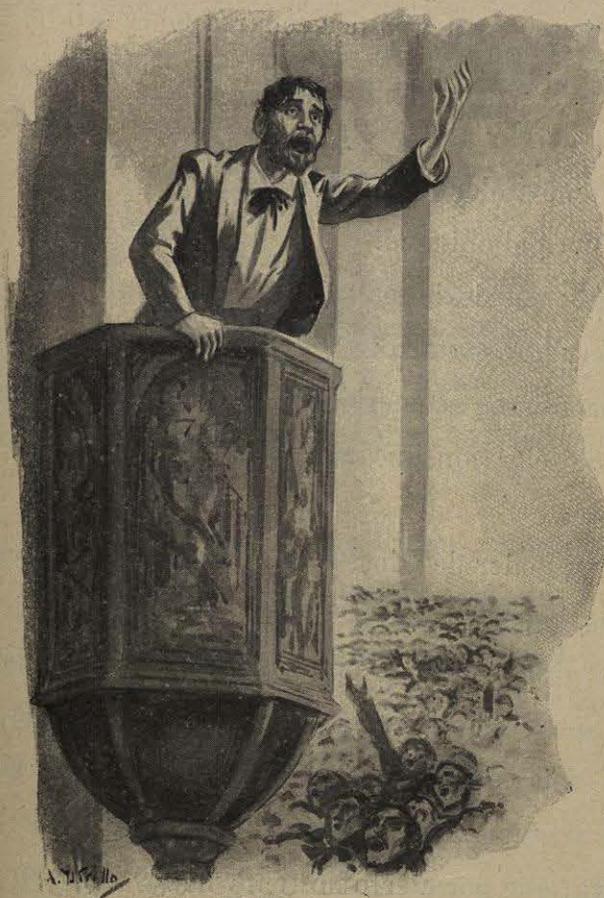
— ¡Hijos de Dios! gritó, basta ya de contemplaciones y de *chiqueos*; somos los más, somos los más fuertes y somos los que tenemos la razón... Nos estamos dejando *babosear* por una turba de cobardes *sinvergüenzas*, que van á acabar con lo que tenemos de más precioso, nuestra sagrada y bendita religión que nos dejaron nuestros padres!... ¡Vamos matándolos á todos antes de que ellos toquen ese sagrado depósito!... ¡Mueran los impíos!... ¡Mueran los herejes!... ¡Mueran los que nos quieren entregar maniatados á los protestantes del Norte!...

— ¡Mueran, mueran! decía el público lleno de ira.

Han dicho después que el predicador era un seglar porque tenía la barba crecida y vestía traje charro; sin embargo, yo supe y sé bien que el bellaco tenía sus precedentes en el púlpito, por más que nunca llegó á figurarse que ocuparía el de la Catedral de México: era el padre guerrillero, Esteban Agredano, mi antiguo compañero de casa y mesa.

Muchos de aquellos energúmenos se disponían á salir

á la calle á hacer no sé qué, cuando sentí que la cosa no podía durar, que era menester ponerle remedio. Subí á



mi vez al púlpito, y cogiendo al bárbaro por la tilma, le bajé á pescozones y casi ahogándose.

Al pie de la escalera, Agredano se rehizo y ya sobre sí empezó á golpearme.

— ¡Déjeme, gritaba el curángano; déjeme, bandido!

El pueblo no se había fijado en mi uniforme; pero cuando vió que quien luchaba con el extraño predicador era un militar, empezó á murmurar, después dió muestras de impaciencia, y acabó por echarse sobre mí.

— ¡Es un espía del gobernador!

— ¡Es un enviado de Baz!

— ¡Viene á oler para estornudar!

— ¡Fuera el chinaco!

— ¡Hay que darle manta!

— ¡Hay que matarlo!

Un pelado me acometió con una *chaveta*, otro me amenazaba de lejos con un garrote de los que llaman *sanantonios*.

— ¡Ay, poder de Dios! ¡qué ganas de coger á estos militaritos de banqueta!

Pero ninguno tuvo oportunidad de ponerme mano, porque me cogieron por su cuenta seis, ocho, no sé cuántas viejas furiosas que me aturdían con sus chillidos. Una me arrancó las charreteras; otra me golpeó el rostro; la tercera, que por cierto no tenía malos bigotes, me hizo pedazos la pelliza á cuchilladas, y la que hacía de capitana trató de quitarme la espada.

Maniatado como estaba, todavía pude valerme, y sacando la tajante empecé á repartir á diestra y siniestra mandobles contra el *bello sexo*, golpeando aquí una cabeza, lesionando allá un brazo, sangrando en esa otra parte una

oreja ó rebanando una cabeza. Nunca tal hiciera; el grueso de los espectadores se me echó encima, y aunque al principio traté de resistir, no tardó la bestia en tundirme á golpes y en echarme por el suelo, pisoteándome, rompiéndome, lisiándome y agarrotándome sin compasión.

Sentí al fin que respiraba el aire libre, y oí la voz del padre Agredano.

— Pues sí, yo lo protejo porque me da la gana... y al que le parezca mal, no más que se abra...

Saqué una descalabradura en la cabeza, tenía llena de sangre la cara, el uniforme hecho pedazos y la espada rota.

Al verme en aquella triste figura, hubo gran conmoción en la plaza, y se dirigieron dos ó tres tiros contra mis agresores, que salían en racimo, todavía increpándome y contestando á mis improperios por los mismos consonantes. El alboroto fué mayor entonces:

— ¡Asesinan al pueblo!

— ¡Matan á nuestros hermanos!

— ¡La tropa dispara contra la gente!

Violentemente y por disposición del gobernador, me introdujeron en un coche, y á pesar de que echaron los vidrios y de que el simón emprendió la fuga al paso más violento de que eran capaces los trasijados jamelgos, todavía oí decir:

- Es un General que llevan difunto.
 — No va muerto, sino herido.
 — No es General, sino el jefe de la policía; fué quien quiso sacar á la fuerza á los canónigos.
 — ¡Merecido se lo tiene!
 — Tú lo quisiste, fraile Mostén.

Pero no duraron mucho los comentarios; en la esquina de Plateros y Mercaderes bajó de su coche un prelado fino, elegante, con solideo en la cabeza y vestidura morada episcopal. Con su sonrisa de *abattino* italiano, rompía las olas del encrespado Tiberiades popular, echando bendiciones y saludando á diestra y siniestra con la mano enguantada y reluciente de anillos con rica pedrería.

El pueblo se echaba á sus pies, aullaba para impetrar su gracia, besaba la tierra que había pisado, y Monseñor Luis Clementi, arzobispo de Damasco y delegado de Su Santidad, se limitaba á pedir paso con su sonrisilla, que apenas arqueaba los labios, delgados y rojos como una herida recién abierta.

Todo el día permanecí bismándome y poniéndome defensivos de árnica; al otro, un poco menos *apolismado*, salí á la calle por la tarde.

Pasaba la procesión del Santo Entierro. Venían las cofradías y archicofradías en ordenada teoría; luego, señoras de mantilla negra con vela en mano; después caballeros con frac de botón de oro; al fin las sagradas imágenes,



Pasaba la procesión del Santo Entierro

balanceándose con el paso rítmico de los que las portaban: la Virgen de la Soledad con traje negro, llena de ex-votos y de milagros y constelada de alhajas. En las manos portaba unos paños blancos para llorar á su Hijo muerto, y en la cabeza las tocas de la viudez. Detrás, en su urna de cristales, venía el cuerpo de Cristo, demacrado, exangüe, con las señales cárdenas de los azotes, los ojos cerrados, la profusa cabellera sobre la frente, señaladas las rodillas, los codos, los carcañales, todos los huesos salientes, con inmensas llagas que causaban compasión.

Sacerdotes de capa larga rezaban en voz queda, las señoras lloraban; el público guardaba respetuoso silencio. Era un espectáculo de tristeza y de compasión.

De repente se oyó un ruido metálico y persistente, una rodada de carro y el moverse de mulas y jaeces.

— ¡La artillería! ¡Comonfort nos quiere ametrallar!

— ¡Jesús, hijo de David! ¿qué va á ser de nosotros?

— ¡Señor, ten piedad de nosotros!

— ¡Jesucristo, óyenos!

— ¡Jesucristo, escúchanos!

— ¡Padre celestial, que eres Dios!

Empezaron las carreras y la procesión se desorganizó; sólo se vió el alzarse de faldas, el descubrirse de miriñaques y aun algo más, y el caer de los torpes é impotentes.

Los puestos de aguas lojas quedaron hechos pedazos;

las matracas regadas por el suelo y desmoronadas. Ese día las chinas, alegría y encanto de Fidel, las de camisa de randas, enaguas de castor y banda á la cintura, perdieron el dinero, y lo mismo pasó á los fabricantes de carritos, muñecos, navichuelos y demás chismes con que aturden á la gente en estos días los chicos y sus cuidadores.

Y todo fué promovido por un carro cargado con cadenas, que atravesaba por el costado de la Profesa.



CAPÍTULO XXI

Coplas de Aguilar y Marocho y prisión de Garza



El amigo el antiguo memorialista y moderno propietario, había cambiado en unos cuantos días. De obeso, colorado, alegre y de buen humor que era, se había convertido en viejo apergaminado, flaco, que dejaba ver las arrugas y sentía caerle los pantalones. Él, que había dormido teniendo por cabecera piedras de tezontle, ahora no podía reclinarse en la que el sabio llamó suave almohada de la duda. Cuidados y disputas domésticas lo habían traído á aquel triste término.

Sin embargo de la defección de Pancha, la tertulia seguía reunida al amparo de la mujer, que tenía el pandero en la mano, como siempre lo había tenido, sin que se hubiera escapado de su robusta diestra más que una vez.